

desgracias, pues su marido quiso hacerla tomar una bebida intoxicante, que ella se negó a aceptar, lo que originó entre ambos una ruptura definitiva. Enablado el divorcio contra Mr. O'Briend, Mae Murray lo obtuvo hace pocos días, en Septiembre del año actual.

Felizmente, parece que la fortuna se ha cansado de perseguir a esta gentil actriz,

pues, según leemos en las revistas neoyorquinas, se rumorea mucho su noviazgo con Mr. Robert Leonard.

Entre nosotros ha conquistado rápida popularidad. La Casa Paramount la ha presentado en «La Favorita del Regimiento», «La verdadera heredera», «La niña de los sueños», «En el archivo de la infamia» y otras bonitas piezas que han tenido gran éxito.

REFORMAR A LAS MUJERES

Señor Scout:

Si usted fuera Dios durante cinco minutos ¿cómo haría que fuesen las mujeres?

En caso de que me conteste seriamente esta pregunta, le prometo mandarle un lindo ramo de flores de mi jardín.

Su amiga, CAROLA.

Señorita: Aunque usted no me hubiese hecho la deliciosa oferta de sus flores, créame que me habría apresurado a contestarle: me habría bastado para ello con que usted me honrase por segunda vez con sus preguntas y con que me diese, además, el dulce nombre de amigo. Con esto, me considero pagado en demasía. Feliz yo, si logro, además de eso, hacerme acreedor a que sus finas manos delicadas corten y agrupen para mí algunas cuantas flores de su jardín.

Si yo fuese Dios durante cinco minutos... No necesitaría tanto tiempo... Si yo fuera Dios durante cinco segundos, haría, sin vacilar un instante, que todas las mujeres fueran muy hermosas, muy inteligentes y muy virtuosas.

Aunque nó... Tal vez necesitaría más tiempo...

Pensándolo bien, esto de que todas las mujeres fuesen muy hermosas, resultaría un verdadero inconveniente. No, como pudiera creerse, el de que todos los hombres pasaran permanentemente enamorados, sino todo

lo contrario: el de que la hermosura, siendo demasiado común, perdiera todo su valor. Pasaría como si todas las piedras que hay en el mundo se convirtiesen en diamantes: nadie los buscaría, nadie se preocuparía ni de recojerlos.

Para que la hermosura brille e impresione, hace falta que haya fealdad. Es necesario que haya contraste, claro oscuro, como dicen los pintores. Las feas son, desde este punto de vista, verdaderamente útiles para las buenas mozas: es más, son indispensables; tanto que sin ellas puede decirse que no habría hermosura posible y la mayor belleza pasaría completamente desapercibida. ¡Pobres feas! al fin y al cabo, desempeñan en el mundo un papel de primer orden, como que son las mantenedoras de la belleza. Así como si no hubiera sombra, nadie notaría la existencia de la luz, nadie sabría en el mundo que hay mujeres hermosas si no fuera por las feas. ¡Pobres feas, cuán merecedoras son, después de todo, del cariño y la consideración de los amantes de la hermosura!

¿Qué le parece, Carola? Tal vez lo mejor será no innovar en cuestiones de hermosura. Es difícil enmendarle la plana al Supremo Hacedor y ya se ve que ha tenido fuertes razones para hacer escasas las Bertinis y las Menichellis. Mejor, en este punto, doblemos la hoja.

Pero ¿no le parece a usted, amable Carolina, que puede ser también un gran inconveniente esto de hacer muy inteligentes a todas las mujeres?

En este caso, no se trataría ya de la conveniencia de mantener un contraste, no: se trataría de una cosa mucho más grave. ¿Qué haríamos los hombres si las mujeres se volvieran de súbito extraordinariamente inteligentes? Santo cielo, no quisiera ni pensar en esto. ¡Qué revolución! La sociedad se daría vuelta patas arriba. Los hombres, que por la general somos unos gahnápiros, pasaríamos a ser gobernados por las mujeres. Ellas manejarían la política, ellas serían Presidentas, Ministras, Senadoras y Diputadas. Ellas serían las escritoras, las pensadoras, las inventoras, las capitalistas, las dueñas y señoras de todo cuanto existe.

Todo esto sucedería inevitablemente, porque ¿quién puede resistir el poder de la inteligencia? ¿y cómo no iban a ser ellas invencibles, siendo «todas» muy inteligentes, al paso que en el mundo los hombres inteligentes pueden contarse con los dedos de la mano? ¿Qué harían estos cuatro gatos, repartidos en el orbe, ante la masa enorme de a intelectualidad femenina?

Pero hay más. Aquellos inconvenientes no serían los más graves, pues al fin y al cabo, el ser gobernados por blancas manos femeninas podría resultar muy agradable en definitiva y talvez los hombres nos acostumbraríamos bastante pronto al yugo. Lo peor sería lo que pasaría con el amor. Desde luego, claro está que las mujeres no querrían casarse. ¿Para qué se iban a casar si tenían el poder y la riqueza? El matrimonio existe porque las mujeres no pueden vivir por sí mismas; pero una vez que ellas gobernarán y fueran dueñas de todo ¿a qué fin se iban a someter a la potestad marital? Lo menos malo que podría ocurrirnos en este asunto, sería que las mujeres hicieran al respecto nuevas leyes, dándole una vuelta completa a la tortilla, esto es, arrogándose para sí todos

los derechos que hoy día las legislaciones establecen en favor del hombre, y convirtiendo a éste a la dulce esclavitud matrimonial en que actualmente nuestros sabios códigos masculinos tienen sumida a la mujer. ¡Ya no habría potestad marital sino potestad .. ¡quién sabe cuál!

No, ¡por Dios! no innovemos, no toquemos tampoco este punto de la obra divina. Los hombres, al menos, saldríamos con ello gravemente perjudicados.

Felizmente, nos queda la virtud. En este punto sí que parece que no caben cuestiones, porque ¿a quién puede perjudicarle el que todas las mujeres sean muy virtuosas?



OLGA PETROVA

¡Ay, Dios! ¿También me habré equivocado? Créame, Carola, que ya me voy arrepintiéndome de haber pedido tanta virtud. Miéntame más lo pienso, más inconvenientes le voy hallando a la reforma. ¡Qué difícil es reformar!

Desde luego, convengamos en que este mundo sería extremadamente fastidioso si todas las mujeres fueran virtuosas. ¡Adios pololeos! ¡Adios entrevistas secretas! ¡Adios dulces traiciones! ¡Adios intrigas y tragedias de amor! Las mujeres solteras, sin permitir a nadie una palabra, un apretón de manos significativo, un simple beso furtivo... Las casadas, fieles a sus maridos hasta la exageración... Las viudas, encastilladas en el recuerdo del difunto... ¡Y así todo! ¡Qué cosa más enojosa sería el mundo! Sería aquello, ni más ni menos, la muerte del amor; y sin el amor ¿para qué vivir? No habría ni siquiera arte, ni siquiera novelas, ni siquiera dramas, ni siquiera cine. Porque ¿qué argumentos serían aquellos en que las mujeres aparecieran solo en amores con sus propios maridos? Las mujeres andarían por las calles con cara de perro, sin mirar a nadie. Los bailes... Claro está que no habría bailes, ni tertulias, ni veraneo, ni balnearios, ni nada. Porque, seamos francos, todo eso vive en, por y para el amor. Quitemos el amor y todo viene al suelo: el mundo pasará a convertirse en un monasterio, o en un cementerio, porque se me figura que hasta habría menos nacimientos ¡la raza concluiría por desaparecer. ¡Qué abismos se van abriendo ante mis ojos al pensar en esto!

Y no se diga que exagero y que siempre habría amor, ya que podría haberlo dentro del matrimonio. Esto no me convence. Yo creo que el amor es como ciertos pájaros, que cantan bien solo cuando están en libertad y que una vez que los ponen en la jaula, entristecen y mueren.

¡Ah! Carola, dejemos mejor a un lado tan fúnebres pensamientos. No toquemos mejor las sabias obras de Dios. Dejemos todas las

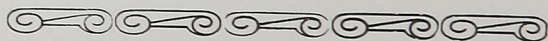
cosas como están, ya que vemos que el reformarlas es tan peligroso, y convenzámosenos,—dulce convencimiento es,—de que vivimos en el mejor de los mundos.

Dejemos, pues, en paz, y aun, si podemos, miremos con simpatía y agradecimiento a las mujeres feas, que tienen el don de hacernos agradable y valiosa la hermosura; miremos con benevolencia, y hasta con respeto, a esos pajaritos o chorlitos de cambiante y deslumbrador plumaje que se pasean por las plazas y alamedas y que con su insignificancia nos proporcionan el placer de mandar y ser los amos, y, finalmente, tengamos también un sentimiento benévolo y condescendiente para con las mil mentirillas, los infinitos engaños y falsedades, las deslealtades, las inconstancias, los coqueteos y las ligerezas de todo orden que son propias del sexo débil y que nos hacen tan agradable la vida.

Y como quiera que los cinco minutos han pasado con exceso, convengamos en que durante ellos su amigo Scout ha demostrado hasta la evidencia ser absolutamente incapaz de proponer la más pequeña reforma aceptable, relativa a las mujeres.

Eso sí que, de todos modos, ya que he hecho lo posible, mándeme las flores....

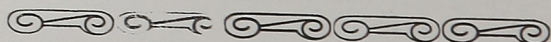
Scout.



DIRECCIONES DE ARTISTAS

MARY MILES MINTER

La dirección de esta artista es la siguiente:
Mutual Studio, Glendale, Long Island,
New York.



: La Semana Cinematográfica :

VENTA EN PROVINCIAS

==== 40 CENTAVOS =====